

FRANCIA: OBSTACULO GRAVE EN EL CAMINO DE JOHNSON

HAY indicios de que la gran ofensiva a escala mundial de los Estados Unidos va a llegar a Europa en la parte que les es más hostil, Francia. Hasta ahora Johnson se ha aplicado, con éxitos fulgurantes, a los países subdesarrollados. Una nueva acción de sus tanques ha destrozado las esperanzas de restablecimiento democrático en Santo Domingo; en Indonesia se ha sembrado una eficaz guerra civil que la aparta por el momento de toda acción política en el Sudeste asiático y en el tercer mundo; Brasil ha dado velozmente marcha atrás en la democratización que se había abierto tras las elecciones, mediante un doble golpe de Estado que pone fuera de la ley a una oposición manifiestamente contraria a Estados Unidos. Está por roer aún el hueso duro del Vietnam, pero la conferencia afroasiática de Argel, el «segundo Bandoeng», ha estallado y la influencia de China en Africa parece ahora menor que nunca. Johnson presentaba hace unos días su balance desde el rancho de Texas, donde convalece, con tonillo de triunfo. «Vuestro país —dijo— no se ha ido al infierno. Vuestra política extranjera no se ha ido al infierno». La política exterior era su punto débil, según sus críticos; Johnson está profundamente satisfecho de ella y de cómo la lleva su secretario de Estado, Dean Rusk, «el mejor secretario de Estado de este siglo». Rusk es un militar que abandonó a duras penas su carrera para entrar en el servicio civil, y si lo hizo fue porque un general —Marshall— se lo ordenó y le llevó consigo al Departamento de Estado. Dicen que Dean Rusk ha conservado siempre nostalgia de la vida militar. El hecho de ser un militar nostálgico le lleva aún más allá en sus puntos de vista de donde llegan los militares en activo del Ministerio de Defensa y del Pentágono. Mientras estos últimos apoyan la idea de una reconversión de los proyectos de rearme nuclear del Pacto Atlántico, incluso de un abandono de las soluciones emparentadas a la «Fuerza nuclear multilateral» para llegar a un acuerdo de desarme con la URSS, Dean Rusk y su adjunto George Ball creen que aún no ha llegado el momento de entenderse con la URSS y que la solución está en el mantenimiento de una «frontera caliente». Esta situación ha llevado a los Estados Unidos a fortalecer dos alianzas primordiales en Europa: la de Gran Bretaña y la de Alemania. El Gobierno laborista está vendiendo su alma al diablo para salir adelante de sus angustias económicas y coloniales. En cuanto a la Alemania occidental, pretende ser el ejemplo mismo de la «frontera caliente» y constituye la cabeza de puente americana esencial en Europa. Su «Wunschtraum» —mezcla de sueño y deseo— de reunificación a toda costa se ha fortalecido con el vibrante triunfo electoral de Erhard y sus cristiano-demócratas. Se ha fortalecido el deseo alemán de reconquistar una posición militarmente fuerte en el centro de Europa. Los ale-

manes occidentales se ven ahora a un paso —un paso breve y fácil— de tener en sus manos el arma atómica. La Fuerza Nuclear Multilateral les daría ya un acceso a la bomba, aunque el último dedo sobre el gatillo nuclear fuese siempre el de un norteamericano; una etapa siguiente sería el de la reconstrucción del Ejército alemán —la *Bundeswehr*— sobre bases nucleares. Muchos expertos de los Estados Unidos estiman que ésa es la última barrera, la que no se debe nunca franquear, puesto que la URSS la considera como vital, y, a partir de ese momento, retrocedería a sus puntos más firmes de la guerra fría. Entre los que piensan así parecen estar los principales militares profesionales de los Estados Unidos. Dean Rusk no lo cree así, y entiende que cuanto más fuerza se muestre y cuanto más lejos se avance será mejor. Este es el sentido de las recientes conferencias de Rusk con el ministro de Asuntos Exteriores británico Stewart —cuyo plan de reforma de la NATO no gusta a los alemanes de Erhard— en la Casa Blanca.

En este cuadro político, bien dibujado por Rusk, falla un elemento importante: Francia. Se han analizado muchas veces los impulsos sentimentales y personales que llevaron a De Gaulle a lanzar un desafío global a los Estados Unidos incluso en la época de Kennedy: sus amargos recuerdos de la guerra, su feroz deseo de grandeza nacionalista, su desprecio de viejo europeo tradicional por el «nuevo orden» americano... Sean cuales sean sus orígenes, el hecho es que hoy es ya una política coherente que modifica la situación de Europa. El viento de fuerza que sopla desde Washington se ha llevado, sin duda, algunas de las esperanzas del viejo general en cuanto a su «desafío global»: poco recuerdo queda ya de su viaje por Hispanoamérica, donde quiso ofrecer una «tercera solución» que se reveló ineficaz para resolver los problemas del continente. Apenas si Chile puede mantener su experiencia de «revolución en la libertad»; y si busca apoyos espirituales en Europa le es más fácil encontrarlos en sus colegas de la democracia cristiana italiana, creados en el mismo molde que el Presidente Frei, que en el solitario y personal De Gaulle, tan difícil de imitar o de seguir. Hispanoamérica sigue intentando diariamente sus revoluciones, o sus movimientos convulsivos para zafarse de las fuerzas que la oprimen, sin contar con Francia, que no puede desplazar en el espíritu de las clases conservadoras a los Estados Unidos, y que no ofrece nada a las clases revolucionarias. En el Sudeste asiático tampoco Francia ha conseguido la influencia que esperaba tener sobre los países de Indochina, como antiguo ocupante. Y en Africa las esperanzas de ejercer una cierta hegemonía moral como a regañadientes la ejerce aún Gran Bretaña en los jirones de su Commonwealth han quedado, también, deshechas.

Pero, en Europa, Francia sigue siendo una fuerza de primer



Dean Rusk: Cuanta más fuerza se muestre y cuanto más lejos se avance será mejor. Esto es el sentido de sus recientes conferencias con Stewart.

orden, una pieza con la que hay que contar indefectiblemente para que se ponga en marcha la maquinaria occidental. Y Francia está jugando cada vez más aceleradamente el juego contrario a la política de Dean Rusk. Couve de Murville, ministro francés de Asuntos Exteriores, está estos días en Moscú. Es el primer ministro francés de Asuntos Exteriores que visita Rusia desde hace muchos años —desde que lo hiciera Christian Pineau, socialista y autor de cuentos infantiles, en la época de la tensión por Suez—. La escolta de altos funcionarios del Quai d'Orsay, que acompaña al ministro, es importante; da a entender que se trata de preparar acuerdos y tratados de cierta envergadura, más que de un simple «cambio de puntos de vista», como dicen los tradicionales comunicados de las conferencias internacionales. Esta visita es continuación de la que Gromyko, ministro soviético de A. E., ha hecho a París. Y ambas se inscriben en un amplio panorama de fortalecimiento de relaciones entre Francia y los países del Este. Desde hace un año —visita a Francia del primer ministro de Rumania— hasta hace unos días —visita a París del ministro checoslovaco de Relaciones Exteriores— los contactos menudean, los primeros acuerdos se firman, las relaciones se estrechan eficazmente. El ministro de Información francés ha ido a Yugoslavia, el de Finanzas a Polonia. Desde Moscú, esta aproximación francesa se acoge con entusiasmo. Kossyguin hablaba hace poco de que Francia y la URSS son «las dos grandes potencias interesadas en el mantenimiento de la seguridad en Europa»; Brejnev —discurso del 29 de septiembre— había hablado más concretamente de «intercambio de información entre los dos países acerca de ciertas cuestiones de política exterior». Prácticamente, los dos países han mostrado en varias ocasiones su acuerdo en temas tan importantes como son el Vietnam, la ONU y la seguridad europea. Con respecto a Alemania que, como queda dicho, es la principal preocupación soviética en Europa, la posición francesa ha cambiado rotundamente. Desde el momento en que los dos grandes ancianos de Europa, Adenauer y De Gaulle, se abrazaban llorando, para celebrar el final de una hostilidad secular entre los dos países hasta hoy, en que la hostilidad secular ha reaparecido crudamente, todo es distinto. Las relaciones

entre Bonn y París son glaciales. Lo que es más, París comienza a ver en Bonn la punta de lanza de una ofensiva de los Estados Unidos contra la posición europea de Francia.

EN qué consiste esa ofensiva? Está claro que Dean Rusk no puede actuar contra Francia con la misma desenvoltura con que lo hace sobre un país subdesarrollado, aunque desde un punto de vista de psicología capitalista pudiera hacerlo así —después de todo, el presupuesto nacional francés excede en solamente el veinte por ciento al presupuesto de una sola gran empresa norteamericana, la General Motors—. El Gobierno De Gaulle acaba de denunciar oficialmente —por medio de un comunicado del Quai d'Orsay— la existencia de «una campaña sistemática» conducida por la prensa americana contra Francia. El hecho es real y aparece en un frente muy amplio: desde un libro —autor, el profesor Morris, de la Universidad de Columbia— en el que se acusa a Francia de haber mantenido «un doble juego» en la guerra de la Independencia de Estados Unidos hasta un par de graves artículos en «Newsweek», atribuyendo a De Gaulle unas declaraciones sumamente importantes, según las cuales estaría dispuesto a firmar una alianza con la URSS, incluso militar —en la que Francia se comprometería a acudir en defensa del territorio europeo de la URSS, o sea, hasta los Urales, para no tener que intervenir en caso de una guerra de la URSS con China por los territorios asiáticos—; en esas declaraciones, De Gaulle habría dicho que los aliados cometieron un error al permitir a Alemania federal mantener su propio Ejército, y que «no habría paz en Europa hasta que no la hubiese abandonado el último soldado americano». En el mismo número de «Newsweek» un comentario aseguraba que «De Gaulle quiere destruir la NATO según su forma presente», y asegura que los Estados Unidos han realizado ya planes para dismantelar el cuartel general de la Organización en París y llevárselo a otro lugar de Europa continental: probablemente a Holanda o a Alemania federal. Apenas publicadas en «Newsweek» las supuestas declaraciones del general, París lanzaba un duro mentís: se trata de una «grosera fábula» montada para «separar a Francia de sus aliados». El semanario americano había atribuido a un «diplomático extranjero», «amigo de los dos países», la revelación de esta conversación con De Gaulle. Y en el número de esta semana «Newsweek» desmiente, a su vez, el mentís francés y asegura que su versión es exacta.

Puede entenderse que la ofensiva americana se está centrando ahora, con la publicación de estos y otros artículos, en crear una imagen enemiga de Francia, en contribuir a su aislamiento. Pero también, y esto es quizá lo más importante, puede tratarse de una campaña intensiva destinada a participar en la campaña electoral francesa, tratando de inclinar la balanza contra el degolismo. Se trata de llevar al ánimo del elector francés la idea de que De Gaulle supone para Francia un peligro grave: un peligro de aislamiento, de quedarse al margen de una Europa unida y fortalecida por los Estados Unidos. Y de llegar a ser una isla vulnerable, con su pequeña bomba atómica, en el centro de la Alianza Atlántica. Estas ideas serán amplificadas, sin duda, por ciertos candidatos de la oposición, como Marcillay o Tixier Vignancourt. No podrá esgrimirlos, en cambio, Mitterrand, impedido por su momentánea alianza electoral con el partido comunista de Francia.

Si, a pesar de todo ello, el degolismo se prolonga, tras las elecciones, por siete años más, los Estados Unidos tendrán que acudir a medidas de coacción mayor para forzar la política de Francia. Será entonces cuando asistamos a la ofensiva de Rusk. Si es que, para entonces, los Estados Unidos pueden aún seguir esgrimiendo su política de fuerza y no se han producido acontecimientos de mayor envergadura que puedan demostrar que esta política de fuerza no es más que un espejismo.